

Barcelona: una renovación de la forma urbana

Octavio Mestre

74

Algo cambió en la Barcelona de principios de los ochenta, tras las primeras elecciones democráticas que se convocaron en todos los ayuntamientos de España. Con la voluntad de abrirse hacia un mar al que, desde la Exposición de 1888, habíamos dado la espalda y con una clarísima política de recuperación y creación de nuevos espacios públicos, la ciudad se disponía a vivir una de sus experiencias más interesantes: la que le llevaría, en octubre del 86, a ser proclamada sede de los Juegos Olímpicos del 92.

A nadie puede pasárselo por alto que las Olimpiadas no son más que una gran excusa para financiar la ciudad del 2000, aquella por la que todos abogamos y de la que esperamos que subsane y corrija los déficits que arrastramos en materia de equipamientos públicos desde hace tanto tiempo. Nuestra verdadera competición empieza más tarde, en 1993, un año después de la finalización de los Juegos cuando, con o sin medallas, volveremos a enfrentarnos de nuevo con la rutina del cada día, pasada ya la euforia que hoy nos hace creer que todo será posible.

En Barcelona la burguesía y ahora las jóvenes instituciones han desempeñado un papel determinante en la definición de la forma urbana. Y tal vez, por esa misma razón, la ciudad necesita de ocasiones extraordinarias que la relancen, que le hagan recuperar el tiempo perdido. Parece que todo el mundo empiece de pronto a caminar en la misma dirección, como una única marea humana guiada por la ola de inmensa alegría popular que nos invadió al concedernos los Juegos. Y lo que significaron en su momento las Exposiciones Universal e Internacional de 1888 y de 1929 lo han representado los Juegos Olímpicos a una escala mucho más global, porque también son mayores y están hoy más relacionados todos los problemas.

Dos elementos quisiera subrayar de este proceso. Uno, el Plan General Metropolitano (P.G.M.) del año 76 que, previendo el destino y aprovechamiento urbanístico del suelo, creó una importante reserva de equipamientos para un futuro inmediato. Y el segundo, la formación de un servicio especial del Ayuntamiento denominado *Projectes Urbans* que iba a materializar, llevando a la práctica, muchos de esos primeros proyectos.

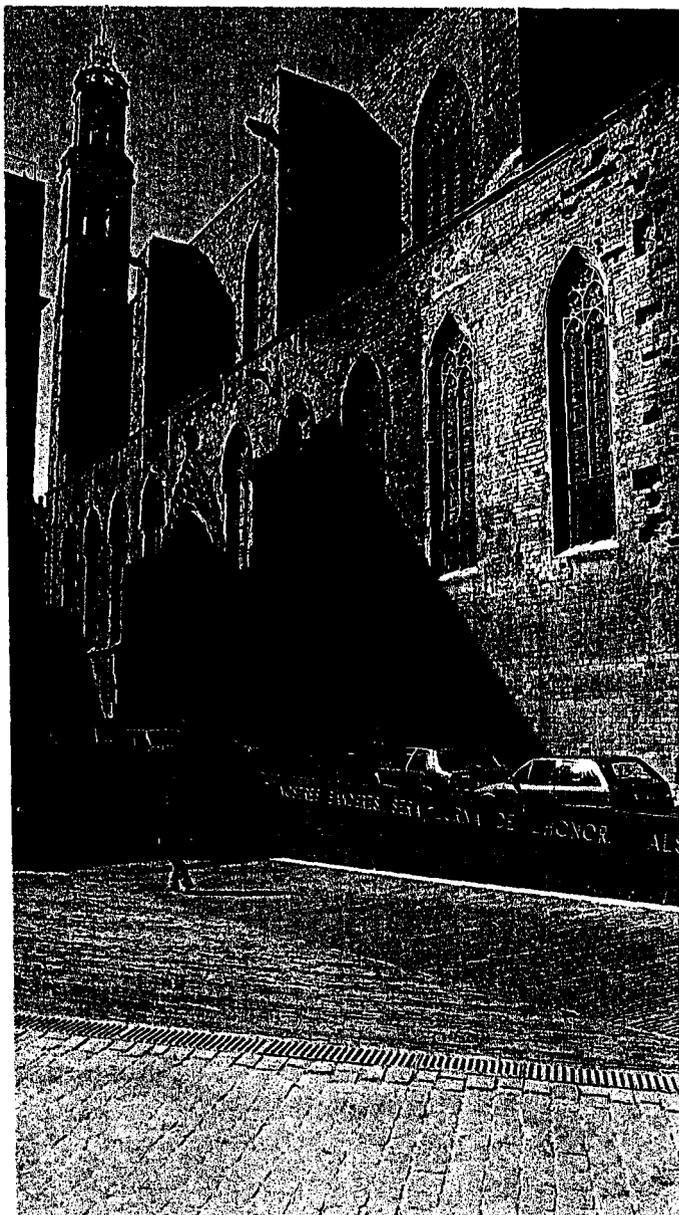
Cuando Oriol Bohigas en su libro *La reconstrucción de Barcelona* habla de la necesidad de trabajar desde la pequeña a la gran esca-

la, cuando habla de la necesidad de sustituir los viejos planes por nuevos proyectos, está abogando por la operatividad, por una aproximación real a los problemas que permita resolverlos dentro de un *timing* conveniente. Si a esta idea unimos el concepto de descentralización de la Barcelona histórica que incluye la Ciudad Gótica y el Ensanche del XIX, a la vez que se monumentaliza una periferia carente, hasta el momento, de todo significado urbano, tendremos las bases sobre las que se asentará el gran desarrollo de espacios públicos habidos, desde entonces, en nuestra ciudad. Tan importante o más que su indudable calidad arquitectónica media es el hecho de que se hayan creado más de ciento cincuenta nuevos parques y plazas, algunos de varias hectáreas, sólo en esta década y en pleno centro de la ciudad.

La polémica sobre las tan criticadas *plazas duras* (así llamó despectivamente, la población a esas nuevas superficies de cemento que iban apareciendo por doquier) tuvo su importancia en cuanto significó una aproximación popular al nuevo fenómeno, una apropiación del tema, aunque pasado el momento álgido de las asociaciones de vecinos, allá a finales de los años 70, al ciudadano de a pie no le quedó más remedio que contentarse o protestar en los medios de comunicación ya que nunca más volvería a ser consultado.

Pero eso no es grave. Es ni más ni menos lo que siempre ha ocurrido. Tampoco creo que fueran consultados los florentinos del *Quattrocento* sobre la nueva loggia de los Lanzi a construir, ni los monarcas franceses preguntaran al pueblo qué opinaban del nuevo palacio que pensaba erigir en la gran explanada de Versalles. Lo importante es que, en cada caso sean los más capaces los designados para llevar la antorcha. Además existe la diferencia substancial de que estos *nuevos soberanos* deben someterse, cada cuatro años, a popular examen y eso sí me parece no sólo mejor sino esencialmente distinto. Como distinto e incontestable es el hecho de que hoy exista toda una oferta de espacio público que, hace apenas unos años, hubiera sido impensable.

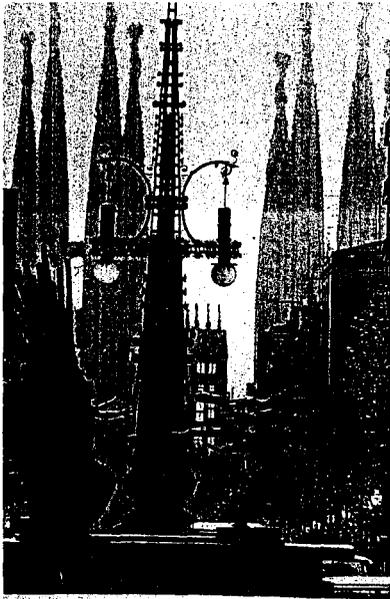
El problema de fondo es que a la gente le gusta ir a la playa de mayo a octubre, pero también le gusta los grandes prados verdes. Olvidan, quizás, que en la cultura latina una cosa es la ciudad y otra el campo, al igual que caos y cosmos significaban realidades antagónicas en la mitología griega. Y olvidan que Barcelona, por cir-



tancias históricas que no vienen al caso, es una ciudad extraordinariamente densa que necesita de espacios al aire libre donde la gente pueda pasear y encontrarse, necesita espacios que pisar. Para nosotros, el campo empieza allí donde acaba la ciudad, fuera de unas murallas que han visto, siempre, tantas y tantas guerras. Nosotros no vivimos a la orilla de un canal en el que se pesca los sábados por la tarde. La ciudad jardín de casitas pareadas *up & down* es, en toda España, un fenómeno reducido a la segunda residencia que poco tiene que ver con los fenómenos metropolitanos que nos ocupan.

Como posible usuario de todos estos nuevos espacios entiendo que lo importante es la posibilidad de disfrutar de una relación, antes impensable, con el espacio exterior que a todos nos pertenece. Sin embargo, como arquitecto, entiendo que lo que interesa es, saber qué productos abren caminos, cuáles los cierran y quién camina, sin saberlo, por vía muerta, que de todo hay en la viña del Señor.

Creo que la traída y la llevada *Plaça dels Paisos Catalans* —tan oxidada y desvencijada que a los seis años de su construcción ha necesitado ser rehabilitada— tiene algo de la señoras maduras de buen ver que fueron hermosas de jóvenes y desataron pasiones. Uno es capaz de descubrir, así, en sus arrugas, la vieja sabiduría que nunca tendrán muchos de los arrogantes nuevos espacios que, sin embargo, tanto le deben. Los arquitectos hablan del sentimiento de desolación que experimentaron al hacerse cargo del proyecto, lo que les llevó, de entrada, a definir el suelo, los límites estrictos de su intervención. Un sutil diálogo se establece entre el dinamismo de la pérgola y el estático palio de *deployé* —a través del cual las nubes dibujan a su paso las vetas del alabastro que originalmente fue previsto por los arquitectos siendo rechazado por caro—. La fuente se transforma en una serie de superficies húmedas, las diversas estructuras metálicas en verdaderos árboles artificiales en un caótico lugar en el que, al encontrarse debajo las vías del tren, no podía plantarse nada. Todo ello nos hablan de esa capacidad de transmutación, de magia en la que a veces raya la arquitectura. Viendo la Plaza de Sants me pregunto para quién proyecta, en el fondo, el arquitecto; si tiene presente el escultor a aquel que le comprará la escultura o si le importa mucho al escritor aquel



4. Fossar de la Pedrera. C. Fiol, A. Arriola.

5. Avenida Gaudí. M. Quintana, P. Folqués.

6. Pza. Real.



6

que, quizás, le leerá después...

Pero no es la plaza de Sants la única operación en la que vamos a fijarnos. Proyectos como la plaza de la Mercé, la de San Agustí Vell, la plaza Real o las plazas del Rey y del Fossar de las Moreras, en el casco antiguo; la recuperación de los patios del Ensanche; los jardines de la Quinta Amella; los parques del Clot y de la Pegasso; las naturalezas vivas de la Creueta del Coll y del Fossar de la Pedrera; el velódromo, el puente de Bach de Roda o la misma Vía Julia pasarán a la historia por la perfecta adecuación a su entorno, por descubrir cualidades que la ciudad escondía y que parecen pertenecer al lugar, aún antes de la intervención del arquitecto.

La filosofía que ha presidido todas las operaciones realizadas en el casco antiguo está clara: liberar áreas que palién la necesidad de espacios abiertos que padece una ciudad que, al no poder crecer más allá de sus murallas por una prohibición militar durante casi ciento cincuenta años, incrementó de forma desproporcionada su densidad.

En la Plaza de la Mercé, por ejemplo, se demolió el bloque de viviendas que estaba a tres metros de la fachada del templo para

crear ese primer espacio urbano, a la vez que se dotaba al conjunto de la escenografía que toda iglesia barroca requiere. Nadie diría que esa tranquila plaza fue creada hace apenas diez años como nadie reconocería en el salón ochocentista en el que parece haberse convertido la plaza Real, la vieja plaza de resonancias coloniales en el que el tráfico —hoy suprimido— y los antiguos parterres ocupaban buena parte de su superficie.

La serie de plazas de San Pere y San Agustí Vell o la del Fossar se limitan a colocar bien un pavimento. Pero ¡qué difícil es eso a veces por más que tengamos el muro ciego de Santa María del Mar contra el que apoyar nuestro proyecto! ¡Qué tendencia tenemos los arquitectos a invadir aquello que no nos corresponde, en una cierta sensación de *horror vacui* que suele presidir nuestro trabajo al enfrentarnos con el papel blanco! Y más en materia de espacios públicos que siempre se ha considerado como el vaciado negativo de los edificios que los rodeaban (no hay más que ver los dibujitos del célebre manual de Camilo Sitte) en vez del positivo a proyectar.

Por esto creo que es importante que el Ayuntamiento haya establecido un plan para recualificar el vacío que los patios de las man-



7

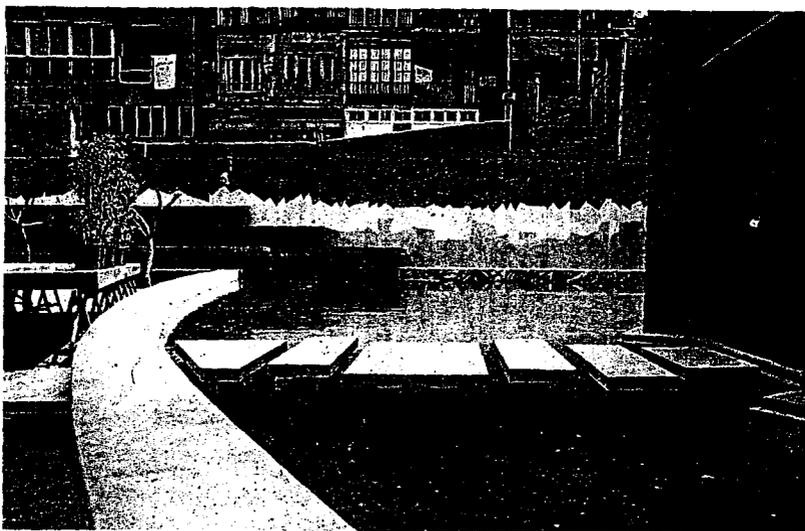
zanas del Ensanche suponen. Porque esas son las *plazas públicas* de las que la propuesta de Cerdà carecía, una vez se densificara hasta límites insospechados su proyecto inicial de Ciudad Jardín. Por esto celebro la actuación llevada a cabo en el *Pati de les Aigües* en el que, recuperando una vieja torre depósito del siglo XIX, se ha creado, de una nueva planta, ese pequeño estanque cuyas marmóreas aguas bañan el perímetro de la intervención. El éxito ha sido tan grande que, en estos momentos, el Ayuntamiento tiene previstas toda una serie de actuaciones que permitirán, entre otras cosas, ver las fachadas posteriores de muchos de los mejores edificios modernistas de la ciudad.

En cualquier caso, la mayor parte de las nuevas intervenciones se han desarrollado en el sector oriental de la ciudad, quizás el más necesitado de todos, ya que en esos barrios se establecieron las clases trabajadoras que vinieron a la ciudad atraídas por el *boom* de los años sesenta. En ellos la intervención del Ayuntamiento ha tenido más incidencia al haber podido transformar viejas fábricas y antiguos terrenos de la obsoleta vía férrea en una innumerable cantidad de plazas y parques públicos.

El parque de la Estación del Norte queda, por ejemplo, configurado por una enorme instalación de resonancias gaudinianas en espera de su futura continuación hasta la plaza de las Glorias, lugar que cambiará totalmente su fisonomía en los próximos años y en cuyas inmediaciones se va a construir el Palacio del Teatro de Ricardo Bofill y el Auditorio Nacional, según los planos de Rafael Moneo, para convertirla, ciento cincuenta años después, en el centro cultural que Cerdà ya propusiera.

El parque del Clot es otra de las intervenciones brillantes en las que se han aprovechado los restos que quedaban de los antiguos talleres de RENFE para crear una sutil combinación de elementos antiguos y modernos. Tanto el antiguo muro, convertido en soporte de una cascada, como la parte pavimentada de juegos, iluminada por cuatro torres de luz, así como la topografía artificial y las pasarelas que las conectan hablan de su magnífica concepción.

Al fondo divisamos, desde el parque, el puente de Bach de Roda/Felipe II que obtuviera el premio FAD al mejor edificio del año 87 en ese reconocimiento público al que aludíamos al comentar que el espacio público debe ser, también, proyectado por arquitectos. El



8

7.8. Pati Aigües.

puede estar colgado de dos grandes vigas por unos tensores metálicos y combina espectacularmente su función de conectar dos partes de la ciudad por encima de las vías del tren, a la vez que potencia el diseño y tratamiento de las áreas destinadas a los peatones. Justo enfrente, la plaza del General Moragas combina acertadamente diversos materiales en uno de los espacios públicos al descubierto mejor tratados. Las esculturas de Kelly sirven de punto focal tanto de la plaza como del puente.

Un poco más allá, siguiendo nuestro recorrido, está el parque de la Pegasso, ocupando el lugar de las antiguas naves de la fábrica del mismo nombre, con una sugerente topografía artificial que favorece la aparición de multitud de rincones diversos en una operación próxima al paisajismo inglés. Y más allá, la plaza de Sólter que, dividida en una zona de pavimento duro y otra de arena, agua y vegetación, cuenta, en mitad del lago, con una escultura de Xavier Corberó. El papel de Corberó ha sido fundamental dado que a través de su mediación han venido a Barcelona la mayor parte de los grandes escultores americanos para colaborar, casi gratuitamente, en muchos de los nuevos proyectos urbanos.

Desde allí podremos llegar hasta la Vía Julia, seguramente uno de los proyectos de más trascendencia al vertebrar toda una serie de actuaciones como son la plaza de Lluçmajor, que estará presidida por un monumento a la República, las plazas de Francesc Layret y Angel Pestanya, con esculturas de J. Plensa y E. Pladevall, respectivamente, e incluso la avenida Río de Janeiro, que cerrará por detrás ese polo de desarrollo del sector en que debe convertirse la nueva área de *Renfe Meridiana*. Un paseo a pie por la zona nos dará una idea de la situación anterior a la intervención municipal. La Vía Julia resuelve un difícil vacío creado a la espera de que por allí pasase una vía rápida. Una vez decidido el paso del cinturón por la Vía Favencia, el trabajo en planta y sección de los arquitectos, las esculturas de Sergui Aguilar y Antoni Roselló, así como la pérgola central sobreelevada configuran la Vía como la auténtica Rambla de este sector de *Noi Barris*.

Tomando el Paseo de Valldaura en dirección al Valle de Hebrón proponemos seguir la visita con el Velódromo y el parque del Laberinto de Horta. El Velódromo, construido en 1982 para albergar las

pruebas de ciclismo de los Juegos, es una de las mejores realizaciones de los últimos tiempos pues ordena con su potencia volumétrica el caos de su entorno. El edificio presenta una doble transparencia que sirve de perfecta transición entre la ciudad y la montaña que lo circunda. Tanto el parque que lo rodea, según proyecto del poeta Joan Brossa, como el del *Laberinto*, parque del siglo XVIII situado en sus inmediaciones, ayudan a definir uno de los conjuntos más logrados. Adentrándonos en la *Creueta del Coll* podremos visitar la reutilización que de la antigua cantera abandonada se ha hecho convirtiendo la gran oquedad de la montaña en piscina pública. Al fondo una impresionante escultura de Chillida preside en silencio la escena.

Quizá quedaría por comentar los jardines de la Quinta Amelia, una de las más refrescantes actuaciones de los últimos tiempos en la materia. El diseño de las distintas puertas de acceso al parque, de las farolas, de los diversos caminos, setos y parterres así como de la zona de estanque es de gran interés. También merece la pena señalar la brillantez de la solución del Fossar de la Pedrera, al otro lado del cementerio de Montjuich, en el que la roca de la montaña sirve de marco a la tumba de aquel que fuera uno de los presidentes de la Generalitat.

Observamos cómo unas esculturas o unas nuevas farolas pueden convertirse, en ciertas ocasiones, en un monumento. Aunque también lo pueden ser, la ventilación del metro, la nueva torre de telecomunicaciones, un puente o la reconstrucción de un pabellón que se consideraba perdido y que constituye, sin embargo, un verdadero monumento de los heroicos *tiempos modernos*. Basta con escuchar la voz secreta de la historia, con estar despiertos, con saber interrogar al lugar y tener oficio... Es aquí donde arte y arquitectura se dan la mano, si no han sido siempre una misma cosa.

La fama es como la sombra. A veces nos precede y a veces nos va detrás. Es a veces mayor y a veces menor que nuestra realidad. Lo cierto es que Barcelona está de moda. Pero creo, sinceramente, que la Barcelona de hoy tiene mucho que contar de sus ilusiones, realizaciones diversas y sueños desbordados —que son los de cuantos la queremos— en esa repetida Fuenteovejuna sin nombres en la que esperamos salir ganando todos.